

ARTÍCULO BIBLIOGRÁFICO

LA POESÍA Y SUS ALREDEDORES: UN PANORAMA RECIENTE

JOSÉ LUIS CORREA
Universidad de La Laguna

Que la abundancia y la diversidad sean rasgos característicos del actual panorama de la poesía española no constituirá novedad ni siquiera para el lector menos atento al ya de por sí minoritario lenguaje de la poesía. Las sociedades occidentales no conocen, por desgracia, los recitales ante masas enfervorecidas que son comunes en los países del Este de Europa, ni las tiradas espectaculares de que se benefician —extrañamente para nosotros— los libros de poesía en tales lares. En España, como en el resto del continente, esos privilegios están reservados para los espectáculos de música rock; y en cuanto a las tiradas, incluso las novelas ganadoras de grandes premios envidiarían el número de ejemplares editados de un libro del poeta Voznesenski. Pero en España se publica mucha poesía. ¿Cómo explicar la proliferación de publicaciones poéticas en un país cuyo ya bajo índice de lectura no se ve en absoluto alterado por las ediciones de poesía? Las razones residen tal vez —al menos en parte— en la peculiar morfología cultural española, que, sobre poseer desde antiguo una nutrida nómina de versificadores (¿cuántos hay en cada ciudad andaluza?), ha conocido en los últimos años, a través de las autonomías regionales, una multiplicación de los «centros» de difusión cultural amparada por los respectivos gobiernos locales. Las tiradas, naturalmente, son casi simbólicas. No es propósito de este artículo entrar en consideraciones sociológicas sobre un fenómeno extraordinariamente complejo que no admite explicaciones simplistas. Quede solamente constancia,

sin embargo, de un hecho «político» que informa decididamente una situación de la poesía en la España de los últimos años. Una situación, por otra parte, no muy distinta a la que viven también la novela, el teatro o las artes plásticas.

No todo es, ni mucho menos, iniciativa oficial (cuya valoración, por lo demás, no haremos aquí). Pero que esa iniciativa no puede ser obviada lo prueba el hecho de que —esta vez desde Madrid: el Ministerio de Cultura— a ella se debiera un significativo «Encuentro de poetas y críticos» celebrado en 1985. Por una vez, críticos y poetas castellanos, catalanes, gallegos y vascos tuvieron oportunidad de intercambiar puntos de vista sobre *El estado de las poesías*, título con el que más tarde fueron publicadas las ponencias y poéticas presentadas, además de los correspondientes coloquios (Monografías de Los Cuadernos del Norte, Oviedo, 1986). El resultado, pese a la confusión natural en un encuentro de esta naturaleza, que aspiraba a clarificar algo tan escurridizo como el presente literario, mereció los esfuerzos del coordinador, el profesor Víctor García de la Concha, a quien, como es sabido, se deben algunos valiosos análisis parciales sobre el tema objeto del Encuentro, y que escribió para la ocasión el estudio «La renovación estética de los años sesenta». El lector hallará en las páginas de *El estado de las poesías* no sólo información puntualísima del mapa actual de la poesía castellana, especialmente en lo que hace a las últimas generaciones, sino también cumplida referencia de lo que ha ocurrido y está ocurriendo en las otras lenguas del Estado (que deben quedar necesariamente al margen de las notas que siguen, limitadas al área castellana). Otros trabajos de conjunto particularmente válidos sobre el tema que nos ocupa se deben a Joaquín Marco (*Poesía española. Siglo XX*, Barcelona, 1986, especialmente las páginas finales del apartado «La poesía española desde la guerra civil») y a Santos Sanz Villanueva (*El Siglo XX. Literatura actual*, Barcelona, 1984, el último de los tomos que completan la *Historia de la literatura española* de R. O. Jones). Ni uno ni otro logran siempre evitar el catálogo, comprensible, pero también son algo más que meras guías de un panorama en el que tan sólo el establecimiento de la nómina de autores representa ya un esfuerzo meritorio, si se atiende a la abundancia y a la diversidad mencionadas al comienzo de estas líneas; y, claro está, a la casi insalvable dificultad inherente a esta clase de trabajos, llamados por definición a la provisionalidad de reflexiones y conclusiones críticas.

Las observaciones siguientes se reducen a los dos o tres últimos años de la poesía en España, y quieren ser con la reserva que se verá, eminentemente (esto es, no exclusivamente), informativas y descriptivas. Ninguna información, con todo, es inocente. Si es verdad que en el periodismo más serio se insiste con frecuencia en la necesidad de no confundir información y opinión, no es menos cierto que las omisiones (aun bajo la coartada de la involuntariedad) afectan directamente a la información. Se comprenderá que no cabe en un artículo de las dimensiones del presente una lista de autores siquiera aproximativa, una lista que haga justicia —aun privilegiando los nombres más significativos— a la diversidad y abundancia de voces en la poesía española de nuestro tiempo. Nuestro propósito es más modesto: lo que el lector hallará aquí es simplemente un conjunto de informaciones entrecruzadas sobre libros de poesía publicados en España en los años indicados, breves reflexiones sobre la crítica de poesía en ese período, anotaciones más rápidas de lo que nos gustaría sobre alguna reedición o rescate de tal o cual autor y, finalmente, un perfil, también sucinto, de las revistas de poesía a nuestro juicio más significativas en el rico panorama hemerográfico actual.

Uno de los puntos de partida sobre los que giró el citado Encuentro sobre *El Estado de las poetas* sirvió para matizar en parte un complejo rasgo de convergencia en el tiempo: en estos años se produce en España una convivencia poética de seis hornadas de escritores vivos. En efecto, desde los viejos maestros del 27 (Dámaso Alonso, Rafael Alberti, y desaparecido muy recientemente —julio de 1987— el ya casi inactivo Gerardo Diego) hasta los llamados, con etiqueta más bien desafortunada, post-novísimos, pasando por los representantes de la generación del 36 y las distintas promociones de postguerra, la densidad del actual momento poético español puede parecer excesiva o difícilmente abarcable con un mínimo de suficiencia.

No hay para tanto. Alberti, ciertamente, no ha dejado de escribir y publicar a buen ritmo. Tras los *Versos sueltos de cada día* (1981), mientras prepara sus definitivas Obras Completas y publica en la prensa una continuación de sus memorias, ha dado a la estampa un adelanto (1986) de *Los hijos del drago*, libros —aquél y éste— en los que el gaditano mantiene viva la continuidad de su obra, bien es verdad que sin enriquecerla sustancialmente, pero también sin rebajar su ya conocido virtuosismo retórico al que

sirven de contrapunto, a ratos, tentaciones populistas que no han faltado en su poesía después del regreso a España del autor de *A la pintura*. Dámaso Alonso, por su parte, después del breve *Gozos de la vista* (1980), publica un libro inédito dentro de su *Antología de nuestro monstruoso mundo. Duda y amor sobre el Ser Supremo* (1985). «Todo poema es en el fondo un poema religioso», había escrito el autor de *Hijos de la ira*. Los del nuevo libro lo son explícita, casi dramáticamente. Y su sencilla y desnuda dicción —común a toda su obra— no les resta tensión o intensidad.

Los miembros de la llamada Generación del 36 han guardado en estos años un relativo silencio editorial que contrasta con el reconocimiento recibido por algunos de ellos (estudios sobre Gil-Albert, Premio Cervantes —no exento de polémica— a Luis Rosales, que reunió su poesía en 1983, o publicación, ya inmediata, de los cuatro gruesos volúmenes de las Obras Completas de Pedro García Cabrera, ya editadas las de Vicente Gaos). *Tempus tacendi*, tal vez, al menos en parte, para una generación cuyo rótulo bélico, y hasta su misma realidad como tal generación, han sido razonablemente cuestionados más de una vez, y que, en todo caso, revela las necesidades taxonómicas de una historiografía no siempre consecuente con la exigencia crítica de evitar resolver todos los problemas mediante la categorización generacional.

Las promociones de postguerra han sido objeto en los últimos años de una atención particular, desde los análisis dedicados por Philip W. Silver a Blas de Otero o a Claudio Rodríguez hasta los debidos a Andrew P. Debicki o Carlos Bousoño sobre la generación del 50 *et environs*. *La casa de Anteo* (1985), de Philip W. Silver —ensayo de crítica deconstruccionista que no olvida en absoluto, sino todo lo contrario, los necesarios enfoques históricos—, se ocupa, además, de Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Salinas, Aleixandre, Lorca, autores sobre los que no se ha dejado de reflexionar en la década de los 80 en su calidad de lenguajes fundacionales siempre susceptibles de nuevas revisiones e interpretaciones. Carlos Bousoño, en fin, aborda en *Poesía postcontemporánea* (1984) a dos poetas del 50 (Francisco Brines y Claudio Rodríguez) en estudios que son ya de consulta obligada; el libro se completa con una auto-lectura de la obra lírica del autor y un ensayo sobre la poesía de un novísimo, Guillermo Carnero.

Que la generación del 50 comienza a ser vista ya con perspectiva histórica mínimamente suficiente —a pesar de hallarse en uno

de sus más importantes momentos creadores, a juzgar por la publicación en estos años de libros fundamentales en la evolución de algunos de sus más significativos representantes— es dato que se desprende con toda naturalidad si se piensa que han transcurrido ya treinta años desde la aparición de sus primeros libros. Al estudio de Dionisio Cañas *Poesía y percepción* (Francisco Brines, Claudio Rodríguez y José Angel Valente), de inspiración fenomenológica, lo que prueba la posibilidad de validez de muy distintos enfoques críticos en el estudio del lenguaje poético, ha seguido un sugestivo volumen de Andrew P. Debicki, *Poesía del conocimiento. La generación española de 1956-1971* (1987), versión española de *Poetry of Discovery* (1982) actualizada y revisada; interés adicional de este libro es el examen de autores no siempre atendidos como se debiera en el contexto de su generación (Gloria Fuertes, Carlos Sahagún, Eladio Cabañero, Ángel Crespo, Manuel Mantero), por más que para muchos tales nombres no deban ser asociados a ella; no estaría de más (y ya se ha hecho en alguna ocasión, aunque no con el suficiente énfasis) interpretar en su pleno sentido histórico el espíritu de colecciones editoriales representativas de ese momento generacional como fueron Colliure o Poesía para todos. No es el momento de reflexionar sobre las diferencias existentes entre la elaboración de antologías y la voluntad de hacer historia crítica. El tiempo (el mejor antólogo, dice Borges) selecciona los nombres y las obras, pero al historiador le toca una labor de reconstrucción que no suele coincidir con el devenir temporal. Y las promociones de poetas suelen ser más amplias que lo que inevitablemente señalan, por economía y por necesaria selección crítica, los estudios a ellas dedicados. Tal podría ser, póngase por ejemplo, el caso de Ángel Crespo, activo crítico y traductor (a quien se debe la versión española de un libro de gran repercusión en España en los últimos años: el *Libro del desasosiego de Bernardo Soares*, de Fernando Pessoa), atendido como poeta por Debicki en el marco de la generación del 50. Crespo publicó en 1985 *El ave en su aire*, y algunos de sus ensayos breves han sido recogidos en *Las cenizas de la flor* (1987). Otros poetas del 50 han sido objeto de estudios largos. No muy afortunado es el trabajo, insuficiente y en exceso esquemático, de Miguel Mas sobre uno de los poetas más importantes de esa hornada (*La escritura material de José Angel Valente*, 1986). Tratamiento individualizado recibió asimismo Jaime Gil de Bied-

ma en certeras aproximaciones de Pere Rovira (*La poesía de Jaime Gil de Biedma*, 1986).

Pero los libros de algunos de los más representativos autores de la generación del 50 se siguen sucediendo. El Premio Nacional de Literatura de 1987, en su modalidad de poesía, recayó en *El otoño de las rosas* (1986), de Francisco Brines, reconocimiento a una obra ya madura que es vista por algunos jóvenes también como obra modélica. Optaba también a ese Premio otro libro de 1986, *Mas que el mar*, de Luis Feria (poeta del 50 que vuelve a publicar en estos años tras un prolongado silencio); y también *Conspiraciones y conjuras*, de Rafael Pérez Estrada, irónicas prosas de espíritu borgesiano de un autor que ha quedado un poco a caballo entre dos generaciones. Manuel Padorno, en fin, también poeta del 50 (próximo a Brines y a Rodríguez) cuya irregularidad editorial le ha hecho quedar al margen de las nóminas al uso, publica también en 1986 *Una bebida desconocida*, poemas narrativos de raro fervor lingüístico. Tanto la obra de Feria como la de Padorno —entre otros autores— fueron estudiadas por Miguel Martín en *La poesía canaria del mediosiglo* (1986), primer análisis de conjunto de algunos poetas cuya trayectoria debería sin duda ser tenida más en cuenta por quienes se interesan en obtener una no sesgada perspectiva de todos los lenguajes de la promoción surgida en los años 50. Si es verdad que, como ha escrito Debicki, «A principios y mediados de los años 70 la generación del 50 se había situado ya claramente como grupo poético dominante en España», a finales ya casi de los años 80 esos poetas constituyen un punto de referencia fundamental para quienes intentan comprender el estado y la evolución del idioma de la poesía en la España de hoy.

Camino ya de su madurez, refrendada en buena parte por la crítica y por el mundo universitario, los poetas de los años 70 —que en su mayor parte han publicado ya su poesía reunida— son hoy el «grupo dominante», para decirlo con la expresión de Debicki. Muchos nombres los designan: generación del 68, novísimos, poetas del 70, etcétera. Se trata no sólo de los autores seleccionados por Castellet en su conocida antología de 1970 (algunos de cuyos más «definitorios» supuestos críticos han sido puestos en entredicho, sagaz y lúcidamente, por García de la Concha en el artículo más arriba citado), sino también de los poetas surgidos en fechas ligeramente anteriores o posteriores. Si algunos de ellos han guardado silencio después de recoger toda su poesía en volumen (como

Guillermo Carnero), otros la han recopilado recientemente (Manuel Vázquez Montalbán). Han recogido también su obra Antonio Colinas (1982), Luis Antonio de Villena (1983), Leopoldo María Panero (1986) y Andrés Sánchez Robayna (1987). Tras hacer lo propio en *Poesía 1969-1980* (1982), libro de muy variados pero interesantes registros, Jaime Siles ha publicado recientemente *Columnae* (1987), una poesía en buena parte ahogada en su propio retoricismo. Por su parte, Antonio Martínez Sarrión, que reunió su obra en *El centro inaccesible* (1980), publicó en 1983 *Horizonte desde la rada*, y en 1986 *De acedía*, poemas en los que asoma el sarcasmo como una forma de crítica. Jenaro Talens da a la luz en 1985 *Tabula rasa* y *La mirada extranjera* (con fotos de Michael Nerlich, reeditado en 1987); el moderado experimentalismo de Talens da paso aquí a una escritura más narrativa amenazada a veces por su facilidad y su abundancia. *Sitio* (1986), de Miguel Martínón, representa la definitiva incorporación de su autor, no por tardía menos significativa, a su verdadero contexto generacional, dispersa como estaba hasta esa fecha su producción en *plaquettes* de escasa circulación. Jorge Urrutia dio a la estampa en 1985 *Delimitaciones* y, muy recientemente (1987), un adelanto de *Travesía*, largo poema en prosa tal vez destinado a convertirse en uno de los textos más sugestivos de estos años.

Poco puede decirse aún, y menos en un artículo como el presente, de los autores reunidos por L. A. de Villena en la antología *Postnovísimos* (1986). La dudosa fórmula del título escogido (y del concepto denotado), la elección de los autores y hasta la Introducción, claramente tendenciosa, restan al volumen oportunidad e interés. Algunos de los poetas representados (como Julio Llamazares o Luis García Montero) destacan, sin embargo, del conjunto, ya porque fueran conocidos antes de la publicación de la antología, ya porque han publicado novelas o poemarios que han gozado de alguna favorable acogida en medios de prensa.

Fenómeno curioso —y tal vez poco más— es el modo en que se ha querido presentar la poesía escrita por mujeres. Una antología de R. Buenaventura, *Las diosas blancas* (título que revela, por lo pronto, un desconocimiento total del conocido libro de Robert Graves), presentó un conjunto de voces femeninas que, aparte el interés de algunas de ellas, configuran un extraño panorama olímpico (no menos extraño que un Olimpo integrado exclusivamente por varones). Voces femeninas de evidente interés no han faltado

en la poesía española de los últimos cincuenta años (bastaría recordar los nombres de María Victoria Atencia, presencia, además, actual por su *Marta & María y Compás binario*; o, entre las generaciones más recientes, Pureza Canelo); no se ve, por ello mismo, la razón por la que Almudena Guzmán o Blanca Andreu —y son sólo un ejemplo— deban ser leídas en tal restrictivo contexto, pues éste no debería ser otro que el de la poesía (blanca y negra, y hasta amarilla). Sea como sea, algo bueno habrá tenido *Las diosas blancas* si logra despertar la curiosidad del lector (y la lectora) hacia la poesía, esto es, si logra ampliar en España el horizonte de recepción del lenguaje poético; buena cosa es, en fin, el eco publicitario que la antología ha suscitado.

Escapa a los límites de este artículo lo que podría llamarse un *mapa* regional de la lírica. Es de sobra conocido, sin embargo, el hecho de que en Canarias o en Granada, en Valencia o en Málaga, grupos más o menos configurados —con sus colecciones o revistas— trabajan con regularidad y continuidad. Un repaso minucioso de la actividad de cada uno de esos grupos arrojaría aquí una nómina de autores que, en rigor, no puede hacerse en el marco de estas páginas: exigiría, en verdad, un estudio aparte. Quede constancia, de todos modos, de su importancia como fenómeno conformador de la realidad de la poesía publicada en España en el período aquí acotado.

El Premio de la Crítica, que anualmente concede la Asociación de Críticos Españoles, ha recuperado la vitalidad y el acierto que ostentó en otro tiempo. En 1985 fue otorgado a *La roca* (1984), de Andrés Sánchez Robayna, libro definido por un rigor poético extremo; al año siguiente obtuvo la distinción *La caja de plata* (1985), de L. A. de Cuenca, en quien priva cierto culturalismo irónico; en 1987, en fin, lo recibió *Un aviador prevé su muerte* (1986), de Justo Navarro, en el que se subraya —en palabras de su autor— «lo que hay de artificio en el lenguaje poético». La concesión del Premio de la Crítica a estos títulos revela por lo menos dos hechos: la atención que el selecto jurado presta a los libros de las nuevas generaciones y el decidido carácter «dominante» de los llamados *poetas del 70*, algunos de ellos nacidos (como es el caso de los recién citados) en los primeros años de la década del 50.

La presente hora poética española no ha ignorado, por otra parte, las revisiones y «recuperaciones» de poetas que por una u otra razón han quedado al margen no ya de los estudios críticos

sino, simple y llanamente, de la edición regular o normalizada. Aunque no puede hablarse propiamente de un «rescate», la obra de Francisco Pino (nacido en 1910) ha conocido una regularización editorial que sitúa a este poeta de vanguardia en el interés de los más jóvenes. A *Méquina dalicada* [sic] (1981) y *Cuaderno salvaje* (1983) ha seguido *Así que* (1987). Una obra ciertamente anómala (que alinea en más de un sentido a su autor junto a otras voces independientes de vanguardia: Cirlot, Ory) comienza de este modo a tener su público, no siempre atentos los críticos y lectores a esta clase de obras que escapan a cualquier intento de sistematización cronológica. Recuperada la obra de Pablo García Baena (*Poesías completas*, 1982) y atendida, siquiera relativamente, la de un Vicente Núñez tras el conocido estudio de Carnero sobre el grupo de la revista *Cántico*, también el postismo es objeto ahora de una minuciosa revisión crítica y antológica (Jaume Pont, *El postismo*, 1987) que, a buen seguro, significará la necesidad de reordenar ciertos datos fundamentales sobre la poesía de postguerra.

Ya se ha hablado de algunos volúmenes de crítica aparecidos en las últimas fechas que estudian desde muy diversas ópticas y tendencias los distintos momentos generacionales y los poetas más sobresalientes en cada uno de ellos. Cosa, en verdad, distinta es la crítica periodística. No han faltado en España (aunque sean más bien escasos) excelentes suplementos y páginas culturales que dan puntual información de novedades bibliográficas. Si la parte del león, en cuanto a atención crítica, la recibe la novela, en natural correspondencia con las demandas del público lector, no se explica del todo que la poesía, sin embargo, apenas reciba comentarios que vayan más allá de la estricta gacetilla o de los consabidos tópicos al uso. Justo es que se subraye aquí —aun a riesgo de pecar por omisión, habida cuenta de la imposibilidad de dominar la totalidad del panorama de la prensa nacional— la labor de algunos críticos que se han distinguido en tiempos recientes en el artículo periodístico inteligente y razonado sobre libros de poesía. Juan Antonio Masoliver Ródenas (poeta él mismo, autor de *El jardín aciago*, 1986, y también ensayista y traductor meticuloso) desde las páginas del barcelonés *La Vanguardia*, y Miguel García-Posada (conocido lorquista a quien se deben algunos de los estudios recientes más notables sobre el poeta granadino) desde el suplemento cultural del madrileño *ABC*, vuelven a situar la crítica periodística a la altura y calidad a que la llevó, por ejemplo, un Enrique Díez-Canedo en

tiempos tal vez más favorables a la lectura, salvando, naturalmente, las distancias en verdad casi insalvables de dos épocas socioculturalmente nada semejantes, pero —abstracción hecha de la muy distinta personalidad crítica de cada uno de ellos— llevada siempre esa labor, en todo caso, por una inusual curiosidad y objetividad en que reside buena parte del interés y la efectividad de sus reflexiones. Otros suplementos, en otras nacionalidades y regiones del estado, cumplen con mayor o menor fortuna la función de informar con algún discernimiento crítico a sus lectores. La tónica general de la crítica en la prensa es, sin embargo, muy deficiente, y en los periódicos más influyentes (léase *El País* de Madrid) no puede esperarse que se atienda a la poesía con un mínimo de suficiencia, llamada como está la novela a ser objeto principal y casi exclusivo de las, por lo demás, casi siempre apresuradas reflexiones críticas. Hablar, así pues, de crítica de poesía en España es hablar en parte de una entelequia que, sin embargo, en nada parece afectar al ritmo de las publicaciones poéticas a lo largo y lo ancho del Estado.

Parte esencial del panorama de la actual poesía española son las revistas literarias, especialmente aquellas que giran en torno a la poesía y su crítica. Un conocido libro de Fanny Rubio elaboró un inventario de las publicaciones periódicas (sin duda menos periódicas de lo que hubieran deseado sus responsables, conocida como es la casi definitiva irregularidad de sus entregas, que a veces —heroicidad incomparable— no pasaban de un número o dos) correspondientes a la postguerra y años inmediatamente posteriores, en los que, si se juzga por el crecido número de ellas, las revistas parecían gozar de un amplio público entusiasta. Pero lo cierto es que ni entonces ni ahora han tenido las revistas de poesía unos lectores fervorosos más allá de restringidos círculos, y que sólo el voluntarismo, admirable en ocasiones, de sus directores ha podido sacarlas adelante. Sabido es que hábiles editores suelen convertirlas, años después y mediante refinadísima edición facsimilar rápidamente agotada, en pasto de estudiantes y especialistas.

La situación no ha cambiado demasiado, si se exceptúa el apoyo —remitimos al comienzo de estas líneas— que muchas revistas reciben hoy desde instituciones oficiales, y que ha hecho hablar recientemente a la estudiosa citada (no sin cierta injusticia) de «bodas con el poder» de las en otro tiempo suicidas y heroicas iniciativas. Pero ni todos los apoyos cubren las necesidades mínimas

de publicaciones de este carácter ni el apoyo ha de ser necesariamente en sí mismo —esto es, no en todos los casos— condición de gratuidad intelectual o de obra mal hecha. Recientemente, la Universidad Internacional Menéndez Pelayo organizaba (marzo-abril de 1987) un breve ciclo dedicado a las *Revistas literarias españolas de los años 80 (En lengua castellana)*, acompañado de un excelente catálogo justificativo. Una de las conclusiones más interesantes no deja de ser sorprendente: son relativamente *raras* las revistas literarias españolas dedicadas con exclusividad a la poesía. Nada más natural. Los intereses *exclusivamente* poéticos no parecen propios de un creador contemporáneo, y, en cualquier caso, los lenguajes literarios (y artísticos) están hoy firme y sugestivamente comunicados y emparentados. Ni siquiera la excelente y un punto colorista *Poesía*, editada por el Ministerio de Cultura desde 1978, dedica sus esfuerzos solamente a la lírica. La atildada *Número*, que publicó dos entregas entre 1981 y 1982, incluyó textos narrativos y hasta una «supuesta e inédita» obra de Calderón. Lo mismo puede decirse de la albaceteña *Barcarola*, o de la malagueña *Puertaoscura*, que inició su andadura en 1985 y que ha publicado recientemente un importante número dedicado a la revisión crítica del significado del año 1927 en la poesía española. *Turia* (Teruel) recoge ensayos, poemas y textos narrativos, y dedica amplia atención a las cuestiones culturales de la comunidad en que se edita, como lo hace *Las nuevas letras* (Almería), que publicó su primer número en diciembre de 1984, significativamente dedicado a una nueva interpretación de las realidades culturales regionales. *Pasaje* (Pamplona), iniciada su trayectoria en 1985, y *Fin de siglo* son revistas marcadamente orientadas hacia la actualidad y muy distintas entre sí. Desde 1983, *Syntaxis* (Santa Cruz de Tenerife) se ha propuesto mantener lo que su director ha llamado «un universalismo radical, crítico y vigilante», y ha publicado amplios estudios sobre José Ángel Valente o sobre Yves Bonnefoy, pero también importantes análisis sobre música, novela o artes plásticas contemporáneas...

¿Revistas exclusivamente dedicadas a la poesía? Las hay, sin embargo. La barcelonesa *Hora de poesía* publica poemas y estudios críticos de y sobre autores nacionales y extranjeros, y la santanderina *Peñalabra*, de ya larga andadura, ha editado algunos números monográficos (Juan Ramón Jiménez u Octavio Paz) de evidente interés. La recientemente fundada *Asimetría*, barcelonesa, o la madrileña *Equivalencias* giran en torno a la poesía, la última de ellas

casi siempre decepcionante por una suerte de exclusivismo poético que ignora —algo de ello quedó apuntado más arriba— las relaciones del lenguaje poético con otras vertientes de la creación en nuestra época, y que es víctima, por consiguiente, de un más bien desesperante autismo no rebajado por su fácil estilo internacionalista. No son éstas, ni mucho menos, todas las revistas existentes en el actual momento literario español, que, según el cómputo realizado en el mencionado ciclo de la U. I. M. P., llegan casi al centenar, y ello excluyendo las revistas de finalidad académica y, como se pone de manifiesto ya en el título del bello catálogo, dejando aparte las publicaciones vascas, catalanas y gallegas. Salvo raras excepciones (*Hora de poesía* o *Syntaxis*, entre otras), las revistas no suelen incluir *crítica* de poesía en su sentido más estricto: se prefiere, más bien (de nuevo la crítica como entelequia, cuando no como temido fantasma), dejar hablar a los creadores de sus versos. Sea como sea, la salud de las revistas literarias en la España actual parece cosa evidente; con apoyo oficial o sin él, el panorama de las revistas actuales daría tema suficiente para una tesis universitaria de interés no inferior a los estudios ofrecidos por Anthony L. Geist sobre el pequeño gran mundo hemerográfico de los años 20 y 30 o, más recientemente, Rafael Osuna sobre el concreto período 1931-1939 (1986).

Hasta aquí nuestro examen. No nos ha parecido propio de un trabajo de este carácter, decididamente modesto (dicho sea sin modestia), señalar rumbos y tendencias, grupos o lineamientos en el panorama de la actual poesía española. Sobre no ser exhaustivas, nuestras listas (de poetas, de críticos, de revistas) no pueden, aquí y ahora, ser más generosas: los lectores de *España contemporánea* no deben ser aburridos en este caso por arriba de unos escasos y tal vez en exceso sumarios folios. Las páginas de esta revista acogerán sin duda un estudio —más pronto o más tarde— que aborde con el rigor necesario el trabajo que no hemos podido ni querido hacer aquí: el desbrozamiento de las líneas de fuerza que mueven, si no ya a las seis hornadas de poetas convergentes en nuestro tiempo (estudiadas como lo están ampliamente por lo menos las cuatro primeras), sí en cambio a las restantes, que comienzan a necesitar no una mano de nieve, sino un duro estilete que sepa arrancar de sus subterráneos sentidos un planteamiento (o varios) coherente y convincente hacia la superficie. ¿Puede ello hacerse a espaldas de una crítica valorativa? La situación de la poesía en la

España de estos últimos años, según los vectores manejados aquí (poetas, críticos, suplementos culturales, revistas) plantea, en especial en lo que se refiere a las últimas generaciones, un interrogante: el interrogante que se suscita cada vez que la historia reclama a la crítica la obligación de seguir construyendo la historia crítica de la literatura.

OBRAS CITADAS

- ALBERTI, R. *Los hijos del drago*. Granada, Maillot Amarillo, 1986.
- ALONSO, D. *Antología de nuestro monstruoso mundo. Duda y amor sobre el Ser Supremo*. Madrid, Cátedra, 1985.
- ATENCIA, M. V. *Marta & María*. Madrid, Caballo Griego para la Poesía, 1984.
— *Compás Binario*. Madrid, Hiperión, 1984.
- BOUSOÑO, C. *Poesía poscontemporánea*. Madrid, Júcar, 1984.
- BRINES, F. *El otoño de las rosas*. Sevilla, Renacimiento, 1986.
- BUENAVENTURA, R. *Las diosas blancas. Antología de la joven poesía española escrita por mujeres*. Madrid, Hiperión, 1987.
- CAÑAS, D. *Poesía y percepción (Francisco Brines, Claudio Rodríguez, José Angel Valente)*. Madrid, Hiperión, 1984.
- COLINAS, A. *Poesía 1967-1981*. Madrid, Visor, 1982.
- CRESPO, A. *El ave en su aire*. Barcelona, Plaza y Janés, 1985.
— *Las cenizas de la flor*. Madrid, Júcar, 1987.
- CUENCA, L. A. de. *La caja de plata*. Sevilla, Renacimiento, 1985.
- DEBICKI, A. P. *Poesía del conocimiento. La generación española de 1956-1971*. Madrid, Júcar, 1987.
El estado de las poesías. Oviedo, Monografías de los Cuadernos del Norte (3), 1986.
- FERIA, L. *Más que el mar*. Valencia, Pre-Textos, 1986.
- MARCO, J. *Poesía Española. Siglo XX*. Barcelona, Edhasa, 1986.
- MARTÍNEZ SARRIÓN, A. *Horizonte desde la rada*. Madrid, Trieste, 1983.
— *De acedia*. Madrid, Hiperión, 1986.
- MARTÍNÓN, M. *La poesía canaria del mediosiglo*. Santa Cruz de Tenerife, CajaCanarias, 1986.
— *Sítio*. Barcelona, Edicions del Mall, 1986.
- MAS, M. *La escritura material de José Angel Valente*. Madrid, Hiperión, 1986.
- MASOLIVER RÓDENAS, J. A. *El jardín aciago*. Barcelona, Taifa, 1986.
- NAVARRO, J. *Un aviador prevé su muerte*. Granada, Maillot Amarillo, 1986.
- OSUNA, R. *Las revistas españolas entre dos dictaduras (1931-1939)*. Valencia, Pre-Textos, 1986.
- PADORNO, M. *Una bebida desconocida*. Las Palmas de Gran Canaria, Warehouse, 1986.
- PANERO, L. M. *Poesía 1970-1985*. Madrid, Visor, 1986.
- PÉREZ ESTRADA, R. *Conspiraciones y conjuras*. Málaga, Puerta del Mar, 1986.
- PINO, F. *Cuaderno Salvaje*. Madrid, Hiperión, 1983.
— *Así que*. Madrid, Hiperión, 1987.
- PONT, J. *El Postismo*. Barcelona, Edicions del Mall, 1987.

- Revistas literarias españolas de los años 80*. Santa Cruz de Tenerife, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1987.
- ROVIRA, P. *La poesía de Jaime Gil de Biedma*. Barcelona, Edicions del Mall, 1986.
- SÁNCHEZ ROBAYNA, A. *La roca*. Barcelona, Edicions del Mall, 1984.
- *Poemas 1970-1985*. Barcelona, Edicions del Mall, 1987.
- SANZ VILLANUEVA, S. *El siglo XX. Literatura actual*. Barcelona, Ariel, 1984.
- SILES, J. *Poesía 1969-1980*. Madrid, Visor, 1981.
- *Columnae*. Madrid, Visor, 1987.
- SILVER, Ph. W. *La casa de Anteo*. Madrid, Taurus, 1985.
- TALENS, J. *Tabula rasa*. Madrid, Hiperión, 1985.
- *La mirada extranjera*. Valencia, Instituto Shakespeare, 1985.
- URRUTIA, J. *Delimitaciones*. Madrid, Visor, 1985.
- *Travesía. Syntaxis*, 12-13 (1986-1987).
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, M. *Memoria y deseo (Obra poética 1963-83)*. Barcelona, Seix Barral, 1986.
- VILLENA, L. A. de. *Poesía 1970-1982*. Madrid, Visor, 1983.
- (ed.). *Postnovísimos*. Madrid, Visor, 1986.